

MIS MANOS NO SON MIS MANOS

Blanca Faure



Capítulo 1

¡Éstas no son mis manos! Mi piel enjuta y frágil es tierra árida sedienta de agua, que transluce venas azules que aún acarrean sangre. Mis dedos se muestran deformes por la artrosis, torpes y retorcidos como sarmientos secos ¡Estas no son mis manos! Nunca pensé en envejecer y gimoteo en silencio desvalido al contemplarlas, sin lágrimas, lloro con la tristeza avinagrada de la nostalgia, desde un escondrijo de mi Yo olvidado.

Hay noches tan penosas, que cuesta quedarse dormido, los pensamientos insisten en nadar en el abismo de mis sueños y lloriqueo como un niño. Eso me desahoga y consuela por un tiempo, y vencido por la resignación, vuelvo a contemplar mis manos que ahora aprecio hermosas, pues asumo y confieso como el poeta aquel ¡Que he vivido!

Hoy he pasado buena noche, soy consciente de quien soy aunque la razón me advierta sin piedad, que mi vida se está apagando. En ocasiones les oigo decir: "Ya ha vivido bastante, todos tenemos que morir " ¿Por qué lo dicen delante de mí? ¿Creen que no les oigo? No puedo comunicarme con ellos e intento que mis ojos brillen para prevenirles de que todavía siento, pero es en vano, sólo soy un saco de huesos y carne vieja, que defeca, se orina encima y babea, aunque todavía respire.

Resulta extraño, en mi larga existencia he padecido una guerra, hambre, cárcel, miseria, vejaciones, mil amarguras ¿Qué podía haber peor? ¡Nada comparado con perder tu propio Yo y la fuerza salvaje que te amarra a la vida! Mi cuerpo hace tiempo que ha dejado de obedecerme, siento las piernas tan débiles y delgadas como un espantapájaros y mi cabeza, aunque hoy está despejada pronto le invadirá un hormigueo que la anestesia y entonces, por más que rastreo no hallo ni siquiera mis recuerdos. Asumo que pronto partiré, hace ya mucho tiempo que no aspiro a batirme en duelo con la muerte, sólo pretendo mirarla de frente, sin niebla en los ojos y se presente placentera mostrándome el camino.

Mi enfermera preferida me ha despertado con un beso en la mejilla y todo el calor del sol ha entrado en mi corazón. Intento comunicarme con ella y le imploro un abrazo, pero hoy tiene prisa y no repara en mis ojos.

¡Ójala venga hoy mi hija a verme! Hoy se quién soy, hoy sabré quien es, antes que la marabunta inunde mis sesos.

¡Ya casi es de noche y aún no ha venido! ¡Necesito verla!

—¡Hoy tiene visita señor Antonio! ¡Un ratito sólo, que es ya muy tarde, casi ha caído el sol!—Sé quién soy ¡Antonio soy yo, yo! ha venido, mi hija!

¡Llevo todo el día esperándola! ¡Sabía que vendría!

Mi corazón late a mil, la imagen de Teresa me reconcilia con la vida. No, hoy no quiero morir, mi vida aún tiene algo de sentido ¡Gracias Dios! Y río por dentro, desde el mismo rincón del alma donde antes lloraba.

—¿Papá, cómo estás? ¿Te animas y vamos a dar un paseo al jardín?

Me encantaría levantarme y tomarla de la mano como cuando era niña, pero mis piernas no responden y es ella quien se pone detrás para arrastrar la silla de ruedas.

Disfruto del jardín, el sol casi se ha apagado y no calienta mis viejos huesos, pero puedo sentir una agradable brisa acariciando mi cara.

—¿Papá, sabes quién soy?— Su pregunta tiene un sabor amargo, huele a suplica, a desesperación.

¡Claro que se quién eres, cariño, me gustaría decirte que te quiero, abrazarte, pero no puedo hablar ¡Mírame a los ojos, te hablo desde mis ojos!

En el jardín comienza a refrescar, y los últimos haces de luz se difuminan entre las ramas de los cipreses. Los faroles se han encendido y puedo disfrutar del amarillo de las rosas, del rojo de los geranios, de ese verde que atesora naturaleza y vida. Sólo se oye a lo lejos un perro ladrando, el rumor del agua de la fuente, y el silencio de Teresa. El cielo es de ensueño, siempre me han encantado los ocasos anaranjados. Más abajo, a lo lejos, se recortan las montañas colmadas de perpetua nieve, brillan en la oscuridad hasta fundirse con las estrellas ¡Es tan bonita la vida!

Empiezo a sentir frío, Teresa lo sabe y abriga con una manta de cuadros rojos mis descarnadas piernas, con mimo, como yo la arropaba cada noche. Desde que el cáncer se llevó a su madre tan joven, siempre hemos estado muy unidos, siempre juntos ¡Ay! Si cierro los ojos, aparece mi mujer en los boleros de Roberto Cantoral bailando en el salón con nuestra niña en brazos:

“Reloj detén tu camino
Porque mi vida se apaga
Ella es la estrella
Que alumbra mi ser
Yo sin.....”.

Se siente perdida, lo noto en la mueca de su boca mordiéndose el labio, en su respiración precipitada, en su mirada perdida ¡Necesita decirme

algo!

—¡Que frío hace papá, deberíamos entrar! —mi hija no abre más la boca, engulle hacia dentro toda su tristeza, y no me habla, y no me cuenta, y no me dice, y yo no sé cómo comunicarme con ella.

Da media vuelta a la silla y volvemos a la habitación, Teresa permanece muda, quiere contarme algo, la conozco, ya no puede más, y no me habla, y no me cuenta y no me dice. Arrima su cara a la mía para darme un beso, mientras mi saliva brota por las comisuras de mis labios como un manantial libre, ella me limpia y se desespera y al final se derrumba.

—¡Preferiría que murieras, antes de verte así! ¡Necesito a mi padre! ¡Necesito que vuelvas! ¡Papá, te echo tanto de menos! ¡Me gustaría tanto poder hablar contigo, contarte mis cosas, que tú me escucharas! ¡Necesito que estés, sólo una vez, que estés! ¡Que me mires, me sonrías, necesito conectar contigo solo una! ¡Sólo una!

¡Te escucho cariño, hoy sí, habla por favor! ¡Estoy aquí! ¡Cómo no voy a estar para tí!

—¡Pero sé que es inútil, no puedes hacerlo! ¡Es inútil hablarte, no estás! ¡No estás, y yo te necesito tanto!

No, no digas eso mi niña, aún estoy, aún puedo escucharte, hoy sí ¡Aprovechémoslo!

Teresa me cuenta rota que desde que su marido la abandonó se siente sola, que le apena no haber tenido hijos y que únicamente me tiene a mí, que no encuentra sentido a nada que no sabe qué hacer, que no sabe en quien confiar, que le duele vivir. Siento su dolor como propio, experimento la soledad que ella siente. Mi corazón se parte y quiero abrazarla, decirle que no pasa nada, que aún estoy aquí, que siempre estaré de alguna manera.

Toma mis manos, esas manos que ya no son mías, transparentes de venas azules donde corre aún mi sangre y la suya, y las besa, mojando y resucitando mi áspera piel como tierra seca. Algo dentro de mí pugna por salir, golpea mi hígado, mis tripas, los pulmones, el mismo corazón, y un impulso contenido, superior a mi voluntad se desata y restaura mis cuerdas vocales por un momento.

_Ajjjjjjjj!

_¿Papá que dices?

_Est...est...

_¡Papá, papá!

_Estoyyy... aquí, estoy...

Y Teresa me abraza, llora y acaricia mi cara, me besa y salta como cuando abría los regalos en Navidad, y nos visualizo felices bailando los tres en el salón. Renace una sonrisa en los labios de Teresa, recupera la luz de sus ojos, esa es mi niña, mi pequeña, mi gran felicidad ¡Tu padre está aquí! Teresa acomoda su cabeza sobre mi regazo como cuando era niña. y me toma esas manos que ya no son mis manos, y yo mando a todo un ejercito hacia las terminaciones nerviosas de mis dedos, de mis manos y al fin puedo estrechar las suyas ¡Es lo que necesitaba! Mi hija llora de emoción, me abraza y le transmito toda la fuerza de mi amor, le entrego mi alma.

El esfuerzo me ha dejado extenuado, y el hormigueo cada vez es más intenso. Sé que mi hija pide ayuda, pero estoy débil, ya no puedo apenas oír su voz y observo como varias batas blancas me gritan. Me estoy muriendo, siento como si la sangre inundara todos los órganos de mi cuerpo, pero una paz intensa me está liberando, he pactado con la propia muerte, es ella quien me ha encontrado, debo irme ya.

Puedo ver el rostro de mi hija y de mi esposa como uno sólo, y Teresa sonriendo me dice:

—Se que siempre estarás, no te preocupes por mí, te dejo ir, vete en paz ¡Te quiero!

Le devuelvo la sonrisa y volvemos a bailar otra vez los tres boleros en el salón, hasta que el reloj al fin se para, el universo se inunda de paz y de luz blanca y exhalo mi último aliento.

FIN